

y distinguido que sea; es menester preocuparse de la comida.

Y esto es lo que acaba de hacer la previsora araña.

En la circunferencia de su palacio ha preparado trampas y tendido redes; de modo que, sin gran trabajo del animalito que nos ocupa, no bien aparezcan los insectillos, quedarán presos, y la hiladora de plata no hará más que echar la garra para apoderarse de sus presas.

Día y noche la puerta de la casa de la araña permanecerá cerrada: ella sola tiene la llave. Se comprende que la abertura establecida por debajo de la habitación está defendida por una red inexplicable de hilos, que solamente la hiladora puede devanar para ponerse en ella.

Tal es el maravilloso aparato de la Argyragnida.

¿A qué han llegado á reducirse los palacios soberbios de Tebas y Palmira?—A polvo, que los vientos esparcen.

La casita de la hiladora de plata no es más que de sutil hilo; pero este ligero hilo resiste á millares de siglos, y el pequeño palacio de cristal flota siempre encantador en el fondo de las aguas.

G. L.

VOLUPTUOSIDAD

La leona en la selva está tendida
sobre un lecho de yerbas y de flores.
El día es bello; flota en resplandores;
el aura es tibia y al amor convida.

Llega el leon; contempla á su querida
con ojos dulcemente brilladores,
y ella, esperando al rey de sus amores,
suspira blandamente adormecida.

El leon entre atmósferas de fuego
abraza á su excitada compañera:
y en tanto el sol, mares de luz derrama.

Oh! ¡qué placer los dos amantes luego!
Viajero: pasa sin temor; la fiera,
llena está de ternura mientras ama.

J. M. F.

LOS POBRES

GRAN dolor es que en un día de invierno se
nos presente un pobre ciego, mal cubierto
con desaseados harapos, temblando de frío, este-
nuado el cuerpo, teñido el rostro con lívida pali-
dez, hundidas las mejillas, tardío en sus movi-

mientos, inseguro en su andar, y que alargando tímidamente la mano os pida un pedazo de pan para satisfacer la imperiosa necesidad que le martiriza y que sus condiciones fisiológicas han anunciado á los ojos del observador!

En ese momento despierta en nosotros un sentimiento que no quería dormir, una sensación que es la declatoria de la excelencia del alma humana, una inclinación que podría llamarse el alumbramiento de la bondad, el producto de conmiseración, la consecuencia del instinto. Aquel acento que reclama nuestros auxilios, no solo se ha dirigido á sacudir la cuerda sonora de la sensibilidad, sino que ha arrojado un poco de luz en nuestra mente: la súplica del abandonado de la fortuna viene siempre formulada por la filosofía natural y se reviste con los encantos conmovedores de la elocuencia no enseñada de la necesidad y de la aflicción. Los filósofos y los poetas dicen la misma cosa: se sirven siempre de términos iguales; ninguno de ellos se detiene en pintar sus angustias, ninguno explana su intención; con anunciar la idea del hambre han hablado bastante.

—Una limosna, hermano, á este pobre ciego, por amor de Dios! es sin duda alguna la expresión con que mejor puede darse á entender la miseria y es el más delicado pensamiento con que se puede hacer gala de los títulos que autorizan la demanda de un favor. No se pide más que una cosa, es decir lo menos posible, y ¿qué es lo que se pide? Una limosna, lo que se da por caridad, por amor de nuestro padre que está en los cielos; lo que se dá para socorrer alguna necesidad; y ¿cuál es la razón que se invoca para que no se extrañe la petición? Recordar el allegamiento de unos á otros, la fraternidad universal, llamar la atención sobre la comunidad de la padre y de una madre, traer á la memoria la ley del Evangelio. No se dice: —dad una limosna á un pobre, sino que se usa del pronombre demostrativo, para indicar lo que se tiene presente, porque la negativa con que se pudiera contestarle se haría más difícil en este caso que si se tuviera que comunicar á una persona ausente. Todavía se hace la frase más enérgica, manifestando que el que está presente es pobre, menesteroso, que se encuentra necesitado, falto de lo preciso para sustentarse, y esta consideración hace nacer lógicamente la idea del hambre y se piensa en las exclamaciones de dolor que se oirán en su casa, si tiene familia, en los insalubres alojamientos en que vivirá, y de suposición en suposición se llega al conocimiento de la verdad, que es lo que él desea. Pero el pobre que se os acerca no es solamente pobre, sino que es ciego, y lo dice porque tiene la experiencia de que muchos no reparan en esta calamidad,

y quisiera hacerlos comprender mejor su estado, definiéndolo en una palabra. Si le decís que no teneis que darle, proseguirá su camino, porque ¿qué otra cosa agregaría para conmover al que no se ha conmovido ya? Cuando se llamó ciego se comparó con aquel á quien se dirigía y dió á entender que él no podía apreciar en los objetos ni el tamaño de la forma, ni su estado de reposo, ni su estado de movimiento: estableció en su mente un paralelo con el hombre que vé y echó de ménos las incomparables ventajas del que abarca tantas cosas bajo el ángulo visual! Todavía le queda algo más para concluir la súplica, le queda el complemento de la oración; el último recurso de la elocuencia: *por amor de Dios!* No pone el caso en acusativo porque parece que sabe que los hombres no se aman mucho unos á otros ni tienen creencias arraigadas, y así indica que Dios pide por él que Dios lo ama, que el que da al pobre una vez se ha en la vida, que el que da perfectamente lo recuerda Víctor Hugo, hace un préstamo al Señor de cielos y tierra.

Cuando se niega la limosna todos responden con la misma frase: — *perdone hermano*. ¿Y qué significa esto? Que se reconoce tener contraída una deuda con el hombre que suplica y reclamamos su bondad por no haberla cumplido, que hemos faltado á nuestros deber y queremos que él sea mejor que nosotros perdonando á los culpables. Le despedimos y para consolarnos le devolvemos el dulce título que aumenta la gravedad de nuestra negativa.

Cuando el pordiosero recibe lo que le dais de lo supérfluo, responde simplemente: — *Dios os lo pague, el Señor os dé salud*, dando á entender así que no es á él á quien habeis favorecido sino á aquel en cuyo nombre ha establecido la súplica, y como si supiera que le ha servido de regocijo vuestra buena acción, encarga que os dé el más apetecido de todos los bienes, la mejor de las riquezas, lo más valioso, la más apreciable, la armonía de las funciones del organismo. Como la limosna es una deuda contraída con Dios, él la pagará y para eso derramará en vuestra cabeza el óleo y el vino de la salud.

Franco y sencillo el ciego indigente en la manifestación del objeto que se propone, no mezcla accesorios extraños, no se vale de pomposas palabras, no insiste en su propósito; da á su gesto, á sus miradas, á sus movimientos un aire de humildad que conmueve; endulza su acento con tono patético, y cumple así sin saberlo con las leyes de la oratoria sublime. No se ha dirigido al pensamiento, sino al corazón; no quiere hacer pensar al que oye sino hacer que lo sienta, no se propuso ostentar galas de estilo y sin embargo se ha expresado en términos que encierran positivas bellezas. Unidad en la proposición, desenvol-

vimiento lógico de ideas, gradación rigurosa en las pasiones que solicita despertar en los otros, recitación elocuente, todo lo reduce á pocas voces, todo lo dice sin molestar la atención ajena.

Reflexionando un poco sobre esa gente desventurada que compone la gran mayoría de los habitantes de la tierra y echando una ojeada hacia el montón de afortunados que pudieran dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, no sería fuera de propósito pensar que conviene á la armonía del mundo moral esta divergencia en los destinos humanos. La queja de los unos excita la dormida piedad de los otros, y es materia juzgada que el engendro del amor y la caridad ha de perfeccionar las sociedades y purificar la atmósfera de los sentimientos. El día en que los pueblos comprendan la ley de conservación universal, el pordiosero y el trabajo subdividido hará la ley de conservación universal.

No entendais esta ley como desgraciadamente la entienden muchos, como una excusa del egoísmo propio, como un recurso, conque se cierra la puerta al mendigo, porque hay veces en el estado actual que el trabajo es una limosna, ni presumais que pueda defenderse la pereza personal, ni es argumento de importancia que haya explotadores de la piedad ajena. El día mejor del mundo siempre habrá pobres porque el niño, el ciego, la viuda, el enfermo, no podrán caminar, ni ver, ni sustentarse, ni moverse, sin el auxilio de los demás. Cuando la ley del trabajo reparta por igual sus beneficios, ya la caridad habrá colocado sus pies desnudos sobre el polvo terrestre y en el apoyo recíproco habrá encontrando un sepulcro la miseria.

La hospitalidad no es, sin embargo, una novedad para los hombres, ni hay quien requiera la enseñanza de un instinto que hacía salir á Abraham en su trémula vejez al encuentro de los viajeros, y que decidió á San Bruno á repartir sus riquezas entre los necesitados; un instinto que embellece la rudeza de las costumbres de los hijos del Oriente bajo las tiendas nómadas y que es la más encantadora demostración del progreso de las naciones.

Desarrollado el interés, el siglo toma un aspecto de rigor y se hace poco caso del sér que sufre: cada cual procura echar lejos de sí toda idea desagradable, pocos van á buscar á los indigentes en sus hogares solitarios; la ambición general asiste á los lugares en que haya compra y venta: el espíritu comercial es el que preside á las acciones de las masas, el materialismo reinante es el que pretende dirigir el gran movimiento de las ideas, y por debajo de estas horcas caudinas es que tienen que pasar el amor y la caridad. Muchos pueden ser pobres porque tal vez sean vir-

tuos y si á uno de estos negais la limosna ¿á quién habeis ofendido? ¿á quién habeis infamado? Habeis ofendido á la sociedad en que vivís, estableciendo el descrédito de un sentimiento noble y os infamais á vos mismo echando sobre el alma el velo lóbrego de la crueldad. ¿Y si ese ciego que implora vuestra misericordia es un poeta, un héroe, un historiador? ¿si es Homero, Ossiam, Milton, Belisario, Prescott?... ¿si es un hermano en la literatura, en la religión? Doble es el motivo en esta circunstancia para obligaros á hacer el favor y aquel á cuyos ojos no se escapa nada de lo que acontece aquí abajo, aquel de quien se dice que atiende á las evoluciones de los orbes en los campos del infinito y que regulariza la vida fugaz del insecto microscópico, para el que es un gran profundo una gota de rocío: aquel que es el amor y la caridad según la palabra del Santo, es el que debe tener en cuenta vuestro préstamo y el que en la hora del saldo tiene que pagar con usura.—¡Cuántos de estos nobles trabajadores del pensamiento han ido de puerta en puerta implorando la caridad pública, y sin embargo no podría llamárseles perezosos porque han empleado años enteros en la adquisición de conocimientos que suelen producir recompensas mezquinas! ¡Cuántos genios superiores han tenido que proseguir su camino porque hallaron cerrado un palacio y tal vez echaron de menos la tienda del nómada del desierto en que se detuvieron en un día de viaje!—No seas tú, mujer de estas tierras hospitalarias, la que rechaces al que busca un pedazo de pan, la que despidas de tú casa al niño huérfano que tiembla de frío, la que esquives presentar tu brazo al anciano vacilante, la que no escuches la triste voz del que pide á sus hermanos una limosna por amor de Dios.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

LA EVOCACIÓN

DE ENRIQUE HEINE

A la pálida luz de blanco cirio
 Un franciscano en su retiro lee
 Cierta añejo librote intitulado
 «La llave del infierno» de Luzbel;
 Y como media noche entonces diera,
 Sin que pueda el anhelo contener,
 Evocan con terror sus lábios cárdenos
 Los espíritus malos en tropel.
 ¡Espíritus! les dice, haced que venga
 El cuerpo de la más bella mujer,
 ¡Sacadla de su tumba en esta noche,
 Pues que quiero libar su dulce miel!

Apenas dice la terrible fórmula
 Su fatal voluntad cumplida ve,
 La pobre beldad muerta, comparece
 Envuelta en un sudario hasta los piés,
 Es fija su mirada; de su pecho
 Suspiros salen de dolor cruel...
 La muerta se ha sentado junto al fraile,
 Se miran y se callan ella y él.

ALFREDO OPISSO.

LA NATURALEZA Y LA MORAL

Qué es el hombre? Un principio, un bosquejo: no tiene mas que rudimentos de la verdad, de la sabiduría, de la razón. No es mas que la aurora en la época *Kecenz* de la justicia. Aun vivo y moribundo, es un embrión.

Nosotros vemos todas las cosas en pedazos. Nuestra inteligencia no alcanza mas que á un momento del tiempo. ¿Qué es nuestra vida? Un perpétuo esperar. Nuestra ciencia, aun la mas segura, es intermitente y febril. A cada paso conocemos que estamos al principio. Nada acabado. Nosotros mismos, ¿qué somos? Un fragmento de nosotros mismos.

La ciencia mas fecunda en dolores para nosotros es la política. ¿Por qué? Por que es la mas divisible. Separación, desgarramiento mas bien que ciencia. No nos apoderamos en ella mas que de embriones de acontecimientos, gérmenes que marcan el porvenir, miembros separados de un cuerpo, que no vemos en ninguna parte. ¿Qué sucederá mañana? No lo sabemos, y eso que aspiramos á la eternidad. ¿Oh miseria!

El libro entreabierto del mundo fósil, es un antiguo testamento, que pide una nueva exégesis. ¿Se cree verdaderamente que es formarse una idea de Dios, digna de su grandeza, hacerle intervenir para cada aparición excesiva de organizaciones; por ejemplo, para el mamífero insectívoro que se acaba de descubrir en el terreno terciario? No es más á la magestad divina que cada ser nazca en virtud de una ley, sin tener necesidad para aparecer de un milagro particular á cada reino, á cada capa del globo, á cada nueva concha?

El hombre á quien se quiere que yo adore, es una criatura tan incompleta, que no puede desarrollarse ni soportar más de una idea á la vez. Ayer, todo entregado al espíritu, no veía la naturaleza. Hoy, todo entregado á la naturaleza, no vé el espíritu. Algunos grandes hombres, Aristóteles antes que todos, abrazaron los dos mundos. Los demás se desembrazaron de la mitad de la carga, negándola.

El materialismo actual es una atrevida amputa-